

MEDELLÍN: FRONTERAS DE DISCRIMINACIÓN Y ESPACIOS DE GUERRA

Por JAIME RUIZ RESTREPO¹

INTRODUCCIÓN

Medellín es un escenario turbulento y complejo de configuración y reconfiguración espacial atípica e incesante, como producto no solo de la presencia de nuevos pobladores venidos del campo en un proceso que, de un lado, bien podría asimilarse de descomposición campesina –a la manera clásica por desarrollo de fuerzas productivas y, de otro lado, a la manera muy propia de las economías latinoamericanas, por presencia de formas terratenientes de producción- y a los procesos de expropiación violenta por la presencia de los actores armados², sino también de la fuerte migración vivida en la última década, más como una fuga desde los escenarios de guerra y como producto de la simple sospecha, por parte de los combatientes, de “vinculación” de poblaciones enteras³ con los adversarios armados en contienda. Agregaré además la movilidad intraurbana⁴ como producto de condiciones económicas y de seguridad física.

Los límites entre conflicto urbano y violencia cada vez, en nuestro medio, son menos claros, las líneas son más tenues y paulatinamente transitan por los campos de la muerte.

El telón de fondo en el cual se inscribe la violencia urbana es el de un modelo económico con profundas desigualdades sociales que conducen a la exclusión de grandes segmentos de la población. Aunque no deja de preocuparme el riesgo que se corre al enfatizar en las violencias que se viven en las comunas pobres de la ciudad pues ello es, sin duda, una parcialización ideológica.

En esta ciudad, la paz es un proceso contra el cual atentan la crisis económica, el incumplimiento recurrente de las promesas de los políticos, la violencia delincinencial y la existencia de escuadrones de la muerte y grupos de limpieza social.

¹ Planificador Urbano e investigador, adscrito al Departamento de Sociología de la Universidad de Antioquia, en donde desarrolla las cátedras de “Solución Negociada de Conflictos” y Sociología Urbana. Actualmente, es el director del Centro de Estudios de Opinión de la misma Universidad.

² Estos procesos de descomposición campesina y de expropiación violenta de las tierras urbanas, marcaron el crecimiento urbano de Medellín, al igual que el de muchas de las ciudades colombianas, hasta fines de la década de los 70’s en el siglo pasado.

³ Podría pensarse que la expresión “éxodo” sería una mejor forma de describir este proceso.

⁴ La movilidad intraurbana o el desplazamiento intraurbano, se produce por las amenazas de muerte y de expulsión que se crean como secuelas luego de hostilidades entre grupos armados, o por la negativa de pagar los impuestos exigidos por estos grupos. Generalmente, el desplazamiento se produce de manera individual o por grupos familiares. Es de destacar que esa movilidad produce, además de los impactos culturales y psicoafectivos lógicos del desarraigo, un desmejoramiento real de las condiciones de vida del grupo afectado: eventualmente puede pasar de ser propietario a arrendatario y se incurre en nuevos gastos (por transporte, educación, etc.).

Así se mezclan, combinan, se diferencian y se integran, apropiándose y segmentando la ciudad: migrantes campesinos, desplazados, jóvenes pandilleros, subversivos y paramilitares.

“La violencia tiene múltiples expresiones que no excluyen, pero si sobrepasan, la dimensión política” decía la Comisión de Estudios sobre la Violencia (Sánchez, 1987:17)⁵ y destacaba que la denominada violencia difusa, aquella que proviene del vecino, del ladrón, de la riña callejera, la que se origina en el alcohol, etc, es la que produce más muertes en el país, muy por encima que las estadísticas derivadas del conflicto político

“... los colombianos se matan más por razones de la calidad de sus vidas y de sus relaciones sociales que por lograr el acceso al control del Estado” (Ibidem: 27).

Sin embargo, desde mi perspectiva el conflicto armado sí es el más importante, teniendo en cuenta sus impactos sociales, los dispositivos de poder que pone en marcha, el arraigo social que implica y su participación creciente en el problema del narcotráfico.

Inmerso en este trabajo se puede percibir que existe un lugar común para todos los que estudian las violencias, es un espíritu o afán por las taxonomías. No tengo interés en ser diferente y, por el contrario, considero que ello nos lleva a un ahorro de tiempo y de explicaciones.

Parto de reconocer una violencia que puede llamarse civil, o como se le ha denominado recientemente, violencia difusa y que se refiere a aquella que rebasa la simple agresividad y que se afirma, bien en la negación de la diferencia social, como la que se ejerce contra prostitutas y homosexuales por ejemplo, bien en el mantenimiento de un rígido y arcaico orden, como es el caso de la violencia intrafamiliar, o bien, en la lucha por recursos escasos y la supervivencia, como la que ejerce el ladrón.

Igualmente, existe una violencia que puedo llamar mafiosa, para referirme a la ejercida por grupos organizados ubicados por fuera de la legalidad y que son funcionales al ejercicio de un para-poder, como es el caso de las bandas sicariales.

Y finalmente existe una violencia referida al Estado, como garante de consumos colectivos y como aparato de poder político, tal es el caso de los grupos subversivos y milicianos y en alguna medida –solo como caso especial– el paramilitarismo.

La reflexión que se ha hecho en torno a la violencia exige que se planteen opciones “milagrosas” que paren el calvario de muertes en la ciudad. La estrategia recurrente de quienes han participado en los llamados procesos de paz, siempre se ha orientado a desmontar los aparatos de violencia, colocando

⁵ Comisión de 9 académicos y un exmilitar, constituida en 1987 a solicitud del Ministro de Gobierno Fernando Cepeda Ulloa, con el fin de proponer al Gobierno central una serie de estrategias para enfrentar el fenómeno de violencia en todo el territorio nacional.

en el imaginario colectivo que ese es el contenido de la paz: la negación de la guerra. Pero la paz es algo más compleja.

Se hace imprescindible establecer algunos de los lineamientos teóricos que guiarán este documento. Cuando me refiero a *fronteras* no me estoy refiriendo simplemente a los límites, pues estos sitúan solamente territorios, es decir, son unas líneas que determinan el punto final del alcance territorial y administrativo de un sistema y, por supuesto, suponen el inicio de otro territorio. Me refiero a que, además del espacio físico, el centro de reflexión lo ubico en el entramado de valores y relaciones que se establecen en él. Quiero pensar la ciudad desde una perspectiva más general, como el escenario que es, mirando la localización espacial o adscripción territorial de los diferentes grupos sociales. Esto significa que, al igual que la reconocida Escuela de Chicago del despuntar el siglo XX en USA, pero por supuesto reconociendo las diferencias con este enfoque ya que asumo una mirada histórica, quiero establecer el contenido de las relaciones de competición y colaboración, de concentración y segregación espacial, de relaciones de conflicto, que se producen en ese escenario urbano.

La identidad es un artificio -no por ello menos real- una construcción cultural en la que entran en juego elecciones y preferencias que le dan sentido a la vida cotidiana, que está determinada por vínculos históricos que, por ejemplo, aferran el sujeto a un espacio y que se define a partir de las fronteras⁶. Las fronteras se constituyen en un orden para ser aprehendido por el ciudadano, por el poblador, que le indica lo que debe ser mirado y cómo mirarlo. Es apenas obvio que los violentos refuerzan este sentido de frontera.

El territorio, de hecho, es primero algo físico, pero también es extensión mental, es algo vivido y marcado, reconocido en su simbología –con códigos de representación colectiva- Por tanto, posee umbrales a partir de los cuales el sujeto ya no se reconoce. Armando Silva (1992) lo resumen en una frase: “camino marcados, marcan a sus usuarios”.

Lo importante, en consecuencia, para este ensayo son los tipos de relaciones que se establecen en los territorios, enfatizando en los *efectos de frontera*, en las relaciones o comportamientos –que corrientemente son de “choque”- resultantes de la coexistencia de sistemas que se conforman en ambos márgenes del límite. Parto de los actores sociales y de los problemas que les plantea la utilización del espacio, problemas que a su vez son indicadores de los problemas sociales más generales, pero que en la apropiación del espacio, definen unas marcas territoriales⁷ que se inscriben en la vida cotidiana, en la vida concreta, o en lo que la Escuela de Frankfurt denominó los mundos de la vida⁸ y que se expresan en los usos, costumbres, valores, giros idiomáticos. Aquí los individuos definen la “realidad”, lo que vale la pena, lo que está bien,

⁶Las fronteras son siempre, más que una entidad físico territorial, fronteras de memoria, desde las cuales el sujeto social identifica los lugares y los no-lugares, como los definió Marc Augè.

⁷ Utilizo la expresión de marcas territoriales, así como la de bordes, en el sentido planteado por Kevin Lynch en su famoso texto LA IMAGEN DE LA CIUDAD, Ed. Infinito, Buenos Aires, Argentina (1959).

⁸ El contenido de este concepto de “mundo de la vida” es la polémica de Habermas con G. H. Mead y A. Schütz. Véanse los textos de Habermas TEORÍA DE LA ACCIÓN COMUNICATIVA (1989) y TEXTOS Y CONTEXTOS (1996) por ejemplo.

quien es el amigo y el enemigo, etc. así surge la identidad, la pertenencia y simultáneamente surge su opuesto que es el desarraigo. Se reconocen los espacios, se definen las historias, así el territorio es un espacio vivido, donde los actores anclan sus recuerdos y vivencias. La identidad es una configuración significativa, está hecha de representaciones que dotan a los individuos de una experiencia y de una guía lógica que los orienta.

Los lugares existen porque son dispositivos de memoria, se puede decir alguna cosa de ellos.

Las fronteras, históricamente han sido espacios de confrontación, de afirmación de poderes, de reconocimiento de lo idéntico y de lo diferente, que se reafirma en el día a día.

El barrio se constituye en los lugares de memoria, que evocan la identidad.

Trataré de hacer una lectura diferencial de la ciudad, atendiendo a las particularidades de los habitantes –por condiciones socioeconómicas, generacionales y contextuales- así, serán las vinculaciones sociales específicas las que darán vida a las formas espaciales. De hecho, se trata de leer las fracturas producidas en la identidad que provee el conjunto urbano y el espacio barrial y que se expresan en mecanismos violentos. Aquí los entornos barriales se convierten en refuerzos de estructuras motivacionales generadoras de nuevas identidades. Se marcan, se organizan significativamente los espacios para identificar “nuestro grupo”, hay pues una voluntad explícita de producir identidad, de homogeneidad cualitativa que, finalmente, fracciona la ciudad.

De allí que otro concepto fundamental lo constituya el de *Red Social*, entendido como el sistema mediante el cual los individuos y grupos humanos establecen relaciones directas o mediadas, adjudican jerarquías a los integrantes de la red y establecen interacciones tendientes a producir y reproducir sus condiciones de vida. Cobra especial importancia, la apreciación de Larissa Lomnitz (2002:179-190) cuando pone en primer plano la reciprocidad como fundamento de las redes formadas en las poblaciones marginales o pobres.

Las redes asociativas construidas alrededor de las reivindicaciones barriales siempre han planteado el problema del Poder Local. Anudado a este aspecto veremos en este escrito, las formas como los actores armados han afectado este ejercicio y organización comunitaria.

En esta perspectiva, consideramos que el anverso del ejercicio de una ciudadanía plena –entendida esta como una cierta relación entre Estado y sociedad sobre la base de la integración social y política de la sociedad- es la exclusión social y política de grandes sectores sociales, proceso que es muy corriente en una sociedad como la de Medellín. Como respuestas a estas exclusiones, en los barrios periféricos que las sufren, los pobladores elaboran estrategias organizativas, tales como grupos de autodefensa, milicias⁹, e

⁹ Los grupos milicianos son grupos urbanos proclives a la insurgencia, tienen fuerte asiento local y estrechos vínculos con la comunidad, lo que hace que tengan un conocimiento profundo de los barrios y

incluso, bandas y combos. Si se quiere, se podría decir, que se trataría de una “identidad social por diferenciación que tiene una base territorial”, que es su barrio.

Por ello, el concepto de *exclusión* al que hago referencia aquí significa la no incorporación de una parte de pobladores a la comunidad social y política, lo que trae como consecuencia el que se les nieguen sus derechos esenciales de ciudadanos, esto es, su igual tratamiento ante la ley, el acceso a la riqueza, el respeto por su propiedad y por su vida, el libre disfrute de los servicios públicos y sociales, etc.

El territorio es temporalizado y apropiado en manera personal y colectivamente, en forma simultánea, constituyéndose en un principio de racionalización – define los límites de “su ciudad”- que agrega y fragmenta.

De otra parte, no puedo desconocer el papel de *la pobreza* en la determinación de los niveles de violencia aunque, como anotaré más adelante, constituye un acto de discriminación el equiparar o asumir como términos equivalentes la violencia y la pobreza. He tomado el concepto cepalino de pobreza, cuando se refiere a que es un concepto histórico y multidimensional que abarca, de un lado, un síndrome situacional asociado a circunstancias de necesidades materiales como desnutrición, infraconsumo, bajos niveles educativos, inserción inestable en la producción o dentro de sectores atrasados de la misma, condiciones habitacionales y sanitarias precarias; y de otro lado, a necesidades también básicas aunque de naturaleza no material como autorrealización personal, libertad, derechos humanos y participación, para solo mencionar algunas. (CEPAL: 1985)

Por todo lo anterior, es que afirmo que tenemos que auscultar tres claves para entender el papel de la violencia en la ciudad de Medellín: La fuerza –insumo indispensable del control territorial- el riesgo –ligado a las exclusiones ya a la pobreza- y la diversidad –para comprender y aceptar al diferente.

Medellín que es el caso que nos ocupa, es un típico caso de *violencia social y política*, entendida como aquella cuyas motivaciones emanan de conflictos económicos, territoriales y socioculturales –y podríamos agregar, de conflictos étnicos- Los actores son múltiples, venidos desde la esfera gubernamental y de agentes particulares, aquellos, actuando a través de los organismos de control y vigilancia, haciendo “limpieza social” y estos, actuando a través de bandas y milicias, estableciendo micropoderes sobre los territorios barriales.

Pero hay que ser cauto, al hablar de la violencia política, en la medida en que la lucha por el control del poder político del Estado se presenta difusa en el accionar de los actores que por definición son políticos: las milicias y los paramilitares, como veremos, no le disputan este poder al Estado, pues de hecho, este ha dejado “vacíos”, esta ausente, no se “siente” en las zonas en

territorios en donde operan. La masificación de su estructura implicó que se vincularan muchos jóvenes de la ciudad, que venían de bandas y pandillas barriales, que estuvieron incluso al servicio del narcotráfico. Se les dio entrenamiento militar y se puede decir que se descuidó su formación política –esto los hizo muy vulnerables.

donde aquellos imponen su poder, más bien podríamos decir que la estrategia es la de copar los espacios que el Estado no ha llenado. La debilidad institucional del Estado, es el que permite la aparición de estos actores y la fragmentación del poder. Pero igualmente es difícil entender, en lo militar propiamente, esa disputa, pues la constante que nos muestra ese control por los nuevos actores armados no se diferencia del que establecen las bandas delincuenciales: el boleteo, la intimidación, la extorsión y el secuestro se convierten en las formas propias de lograr su subsistencia y de mostrar su poder. La intimidación, el terror y la eliminación física permiten los resultados del “dominio y control territorial”, generando de paso una gran descomposición del tejido social barrial.

Lo paradójico de la situación es que el *miedo* actúa como un fuerte elemento de integración social. Las bandas, combos, milicianos, paramilitares desarrollan sus estrategias de terror e intimidación y arrojan bajo su protección a quienes se encuentran dentro de sus territorios: protección brindada, fidelidad exigida.

Por supuesto, son muchas las preguntas que todos nos hacemos cuando iniciamos una reflexión sobre una ciudad como Medellín: ¿por qué Medellín, cuál es su peculiaridad? ¿Por qué tanto desangre? ¿Por qué, si la idea de los grupos insurgentes era la de la urbanización de la guerra, por qué comenzaron por aquí, en las calles de Medellín? ¿Por qué dicen que hay muchachos armados por todos lados, Quién los armó? ¿Por qué se estigmatiza a las comunas? ¿Por qué FARC, ELN y Auc crecen y se refuerzan en este territorio urbano? ¿Qué hacen las autoridades y la administración de la Ciudad? ¿Es Medellín un laboratorio de guerra?

Coincido con la apreciación, también muy general, de que no existe respuestas satisfactorias y todo lo que se diga constituye solo aproximaciones e hipótesis. Incluso, contrario a lo que muchos afirman de que el termómetro del país pasa por esta ciudad, aún está por demostrar que Medellín sea una ciudad estratégica a nivel geopolítico¹⁰. Sin embargo, una vez se identifican las causas llamadas estructurales o crónicas de la violencia, quizás lo más particular de nuestra urbanización y que sería una causa coyuntural o dinámica, es ese proceso de incubación de la violencia que se produjo con la presencia del narcotráfico.

¹⁰ Para algunos, el hecho de ser una ciudad bien ubicada, relativamente desarrollada en términos industriales, comerciales y de servicios, con vías de acceso y llegada bien definidas que facilitan el acceso a los puertos y a los ríos como El Magdalena, Atrato y Cauca, además de su geografía y climas, se constituyen en suficientes atractivos estratégicos para los actores armados. Habría un factor detonante: esta ciudad fue asiento de la más grande organización delictiva del narcotráfico, el Cartel de Medellín, comandado por Pablo Escobar. Su ubicación sería una trinchera estratégica para la circulación de armas y narcóticos.